Mi vecino el “Chacho”, el de la casa 20 de Santa Bárbara

Ricardo Peltier San Pedro

Mi vecino el “Chacho”, el de la casa 20 de Santa Bárbara

Ricardo Peltier San Pedro

© Xochimilco Editions

Segunda Edición Revisada
Marzo 2025

Santa Bárbara Núm. 17
Colonia Del Valle
Alcaldía Benito Juárez
Ciudad de México
MÉXICO

www.peltiersanpedro.com

Como era natural en aquella Ciudad de México de finales de los cincuenta**,** donde las dinámicas vecinales en calles como la de Santa Bárbara —una sola cuadra— tejían la vida cotidiana, la convivencia con los vecinos resultaba inevitable, aunque afortunadamente más que civilizada. De hecho, lo usual era cruzar el umbral de las casas sin previo aviso, con la familiaridad de estar en la propia. En total, catorce viviendas conformaban la calle de Santa Bárbara, muchas de ellas unidas por las azoteas, mudos testigos de tertulias y secretos vecinales. Frente a mi casa, en el número 20, residía la familia Ferrer. Don Eduardo Ferrer MacGregor, el respetado juez, compartía el hogar con su esposa doña Margarita y sus tres hijos: Eduardo, el mayor, a quien familiarmente llamábamos el “Chacho” y era amigo de mi hermano Rodolfo; la “Chata”, la hermana de en medio, que compartía confidencias con mi hermana Catalina; y Pepe, el menor, "más o menos" compañero de juegos de mi hermano Roberto. Para mí, un escuincle en aquel entonces, ellos representaban la "onda" de los mayores, por lo que sus juegos y conversaciones quedaban fuera de mi alcance... Excepto por el “Chacho”, quien, debido a una serie de incidentes —algunos obra del destino y otros fruto de mi travesura infantil— terminó por profesarme una notable ojeriza.

En mi defensa, y con la honestidad que merecen estos recuerdos, debo admitir que dicha ojeriza tenía sólidos fundamentos.

El primer suceso, fortuito como los caprichos del azar, se desenvolvió en una tarde soleada del verano de 1959. México vivía los primeros meses de la administración de Adolfo López Mateos, un gobierno que sembraba esperanzas de progreso y estabilidad. Su popularidad crecía a la par de la de mi propia familia, cuyo horizonte se expandió cuando mi padre "agarró hueso" en la nueva administración. El señor presidente, en un gesto de camaradería muy de la época, había designado a un viejo amigo suyo, el licenciado Eduardo Bustamante Vasconcelos, al frente de la recién creada Secretaría del Patrimonio Nacional, reflejo del fortalecimiento del aparato estatal de entonces. Yo acababa de cumplir nueve años, y mi padre, en consonancia con su nuevo *estatus* social, me obsequió una flamante bicicleta roja de cinco velocidades marca Raleigh. ¡La cúspide de la modernidad para un niño de mi edad! Naturalmente, mis días y noches se fundieron con el asfalto de la calle, montado en mi preciado vehículo.

Fue en una de esas tardes radiantes que, pedaleando con orgullo por la calle de Santa Bárbara en mi flamante "bici", pasé distraídamente junto a un automóvil que nunca antes había visto. Estaba pulcramente aparcado frente a mi casa: un Mercedes-Benz color café claro, reluciente como recién salido de la agencia, símbolo de una creciente clase media y la llegada de marcas extranjeras al país, que despertaban admiración. Sin intención alguna —¡lo juro por lo más sagrado!—, la palanca del freno de mano de mi bicicleta dejó una cicatriz metálica a lo largo de toda su carrocería. Para mi infortunio, el propietario de aquel Mercedes-Benz recién estrenado no era otro que mi vecino, el “Chacho”… ¡Vaya desliz!

El otro percance, urdido con la picardía traviesa de aquellos años, aunque hoy lo evoque con una punzada de vergüenza, se desenvolvió unos meses después, en una noche gélida que calaba hasta los huesos. Mi vecino, el “Chacho”, yacía convaleciente en la

penumbra de su recámara, víctima de una fractura traicionera que mantenía su pierna en alto, inmovilizada por un yeso blanquecino que colgaba de una cuerda atada a un soporte improvisado sobre el cabecero de su cama. A mi mente infantil —¡bendita inocencia, a veces tan cruel!— acudió la peregrina idea de hacerle una "visita sorpresa", es decir, una irrupción sigilosa en su santuario de reposo. Sin embargo, presagiando una acogida quizás menos que efusiva, decidí armarme, por si las dudas —en esos ayeres, la reacción de los mayores era un misterio insondable para nosotros los pequeños—, con mi flamante ametralladora de pilas. Aquel juguete, sensación entre los niños de la colonia, escupía ráfagas de un ruido ensordecedor al oprimir el gatillo, reflejo tal vez de una inocente fascinación por los ecos bélicos que aún resonaban en la memoria colectiva, vestigios de un mundo en constante tensión. Al cruzar el umbral de su habitación y constatar que el “Chacho” dormía plácidamente, ajeno a mi acecho… ¡Chin! ¡El diablillo de la curiosidad infantil tomó posesión de mí! ¡Y accioné el gatillo! No logro recordar con exactitud —la verdad sea dicha— si el respingo que lo catapultó sobre el colchón al escuchar el estruendo de mi "arma" de juguete le infligió una nueva fisura en su ya maltrecha pierna; lo que sí quedó grabado a fuego en mi memoria es que, a partir de ese instante, un silencio glacial se interpuso entre nosotros para siempre… ¡Qué remedio! ¡Así eran las cosas!

•

Autor: Santiago Cohen

Xochimilco Editions

México - Barcelona - Bogotá - Buenos Aires - Caracas
Madrid - Montevideo - Miami - Santiago de Chile - París
Los Ángeles - Xochimilco - Londres - Milpa Alta